

## El fraude de la educación en valores

La enseñanza es el principal problema al que se enfrenta hoy España. Un vistazo a los presupuestos que maneja cada autonomía, entre un cuarto y un tercio del total, le sitúa, junto con la sanidad, en el principal servicio público que ofrece el Estado. Una buena enseñanza es primordial tanto para salir del marasmo económico en el que nos hallamos sumergidos, aumentando nuestra competitividad, como para formar ciudadanos libres y responsables, dueños de su destino, poseedores de un bagaje cultural que les dificulte ser dirigidos y manipulados. De ahí que resulte incomprensible que los dos grandes partidos españoles no se hayan tomado en serio la ruina de la enseñanza española.

Con la LOGSE (y la LOE) los socialistas han tratado de sustituir un sistema de enseñanza basado en la transmisión de conocimientos y una tradición cultural por un sistema que pretende, secundando a los totalitarismos, malear las almas de los futuros ciudadanos. La cultura de verdad ha sido sustituida por la verdad de la doctrina. El fraude se ha materializado gracias a la llamada “educación en valores”, una especie de aptitud transversal que afectaba a las demás asignaturas, con efectos devastadores mucho antes de que se impusiera la asignatura de Educación para la Ciudadanía. El resultado ha sido que en España ni se transmite cultura ni tampoco valores.

Educación para la Ciudadanía ha sido sin duda el colofón de la intención socialista de inculcar doctrina entre las vírgenes conciencias de niños y jóvenes. Un sistema público tiene que ser exquisitamente neutral y respetuoso con la conciencia individual y la educación moral recibida en la familia. El gran error de la derecha española ha sido, como de costumbre, protestar por lo accesorio (los recurrentes debates sobre las asignaturas de Religión y Educación para la Ciudadanía) y no por lo esencial, esta “educación en valores” que no sólo ha degradado el nivel de conocimientos de nuestros escolares (como los estudios de la OCDE ponen de relieve) sino que también ha fracasado a la hora de transmitirles algún valor de verdad.

¿De verdad alguien cree que los jóvenes de hoy tienen más valores que los de antes? El gran error reside en creer que los valores se aprenden con peroratas sobre principios morales y políticos cuando en realidad sólo se aprenden y asimilan de una forma: con el ejemplo. ¿Cómo se le va a enseñar a un estudiante que la Constitución es un instrumento para la convivencia de todos los españoles o que hay que respetar las leyes cuando ha crecido en la violación impune del Reglamento de su centro? ¿De qué sirve insistir en el valor de la justicia cuando los alumnos han visto que daba igual si estudiaban o no, cuando han visto cómo los tramposos y los violentos se adueñaban de la clase o cómo los peores acosaban a los más estudiosos y aplicados? ¿De qué sirve inculcarles la responsabilidad cuando se puede pasar de curso con cuatro suspensos?

Lo que educa es el ejemplo, la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace. Cuando se dejan impunes los desplantes a los profesores, las actitudes desafiantes, el destrozo de las instalaciones, las amenazas a los compañeros, ¿qué valores pueden aprenderse? Javier Orrico, uno de los intelectuales que con mayor lucidez ha abordado el marasmo educativo español, afirma que sin enseñanza tampoco se educa. Tiene razón. Los valores no se adquieren escarmentando en cabeza ajena con peroratas sobre valores morales, sino en cabeza propia viviendo en un medio donde estos valores están presentes y donde

nuestras acciones tienen consecuencias. Como apunta Orrico, nosotros adquiriríamos valores “estudiando, atendiendo a los profesores, suspendiendo, atendiendo, copiando frases, quedándonos sin vacaciones en verano, asumiendo correcciones y castigos, aprendiendo a distinguir el bien y el mal, fortaleciéndonos en las derrotas, incorporando la idea esencial de que el trabajo nos conduce al éxito y el incumplimiento y la marrullería al fracaso y al rechazo de los demás”. Los verdaderos valores se aprenden así, no a través de la educación en valores o Educación para la Ciudadanía.

Los valores no se aprenden inyectándolos en vena a través de discursos políticos sino por ósmosis. No se predicán, se practican. No se adquieren colocándolos como el objetivo central de la enseñanza sino que se adquieren indirectamente como consecuencias derivadas de un sistema que prima el trabajo, el mérito y el esfuerzo. El objetivo tiene que ser volver a enseñar contenidos, la educación en valores sólo puede ser su efecto (Orrico). Nunca aprender ha sido fácil, supone siempre un esfuerzo. Esforzarse en un clima donde se reconoce el trabajo, el mérito y la excelencia y se apuesta por los conocimientos, es lo que termina produciendo los verdaderos valores. Todo lo demás deriva en sectarismo partidista, hipocresía y doble moral, que tan caros resultan a las élites políticas españolas. Lo que más ofende a los actuales profesores no es la ignorancia oceánica de sus alumnos sino su desinterés por aprender, su convicción de que en realidad no tienen ningún logro a alcanzar, ninguna meta a la que aspirar. Los alumnos, afirma Orrico, se aburren en clase porque han sido educados sin ningún espíritu de superación, porque no han adquirido ningún hábito de estudio desde pequeños, porque les hemos aniñado al no enfrentarlos a ninguna dificultad intelectual (de ahí su deficiente capacidad para resolver problemas), porque no hemos apelado a su orgullo, porque nunca les hemos exigido nada, porque saben que al final van a pasar de curso sin haber hecho nada. Un modelo de educación es un modelo de sociedad, asegura Orrico. Cambiar las cosas o dejarlas como están es misión de los políticos. A la vista de su infame comportamiento, no resulta difícil adivinar la opción por la que se decantarán.

**Joan Font Rosselló**